

lámpara. En la iglesia habia una capilla que los destrozos de la guerra habian despojado de sus adornos, y detrás del altar se hallaba una trampa difícil de conocer. Luego que la muchacha la levantó, *ved aquí*, dijo al fugitivo, *esta escalera oscura; es la de una bóveda que encierra los restos de una familia ilustre. Es probable que no se os sospeche en este lugar. Tened valor para permanecer en él hasta que se presente un momento favorable á vuestra evasión.* El fugitivo desciende con confianza. ¡Oh sorpresa! los primeros objetos que descubre á la claridad de la lámpara son las armas de su familia, originaria de este país! Reconoce los sepulcros de sus abuelos, los saluda con respeto, y abraza con ternura estos mármoles queridos. La joven le deja en medio de estas impresiones. La dulzura de estas, y sobre todo, la esperanza de volver á ver una esposa á quien adoraba, le hicieron olvidar por algun tiempo el horror de su situacion; pero habiéndose pasado dos dias, y no viendo venir á su libertadora, no sabia qué imaginar. Unas veces temia que esta hubiese sido víctima de sus servicios, otras que le hubiese olvidado. La necesidad de la hambre se juntaba á estas ideas aterradoras, y solo se le presentaba ante sus ojos la imagen de una muerte mas horrible que la que habia evitado. Sus fuerzas le abandonan y cae casi sin conocimiento sobre el féretro de uno de sus mayores. En esto se siente una voz, era la de la sensible joven que le llamaba; el prisionero desfallecido por el gozo y por la debilidad, no puede responder. La joven le cree muerto y deja caer la trampa llorando. Espantado el desgraciado, hace un esfuerzo y da un grito. Su libertadora le oye, abre de nuevo, y corre á él. Se apresura á ofrecerle alimentos, le explica la causa de su tardanza, y le asegura que ha tomado sus medidas para que en adelante no experimente iguales necesidades. Apenas se separa de él, un ruido de armas hiere sus oidos; vuelve á entrar precipitadamente en la bóveda con él, recomendándole que guarde silencio. Era en efecto gente armada, que el sacristan, acusado de haber ocultado un proscrito, en la iglesia, é ignorando la imprudencia de su sobrina, conducia, para que hiciese su visita, Nada escapó á los ojos de los satélites, visitáronlo todo y pasaron tambien sobre la trampa fatal. ¿Qué momento para los dos cautivos! cada paso que movia aquella, resonaba en su corazon, y les parecia que les anunciaba su último momento. Al fin el ruido se aleja poco á poco, y acaba por disiparse epteramente. La joven sale todavía inquieta, registra la iglesia, y hallando una profunda soledad, vuelve á tranquilizar al francés y se retira. Los dias siguientes le trajo exactamente su alimento, y el proscrito permaneció así por largo tiempo en este subterráneo, bajo la custodia de su cuidadosa libertadora. Así que se presentó un momento de tranquilidad, esta se lo advirtió, y el preso dejó su asilo, diciendo un tierno y respetuoso adios á los manes de sus mayores que le habian protegido, y fué á juntarse con una esposa cuya presencia y amor le hicieron mas apreciable el beneficio de su generosa libertadora.

## EL SUICIDIO.

### MORAL RELIGIOSA.

En medio de las miserias de estos tiempos, una hay que se alza mas grande y mas triste que las demás, y que agita al mundo con un profundo sentimiento de desolacion y espanto; una hay que entre tantas voces avezadas á la blasfemia, alza una voz sangrienta y fúnebre para pedirnos oraciones y lágrimas. Esa miseria no es mas que una idea; pero esa idea fatal trabaja á la sociedad como una plaga, y donde quiera señala su presencia con una lastimosa catástrofe. Esa miseria, en fin, es el suicidio! . . . ¡Oh! ¿comprende bien el lector toda la osadía, todo el delirio, todo el acerbo dolor que encierra en sí esta palabra? . . . ¿Comprende que una criatura de Dios, dotada de toda su razon, poseedora de toda su libertad providencial, ose dirigir su mano contra sí misma y se arranque una vida que no ha podido darse? . . . ¡La vida, este breve momento que acaso no le ha sido concedido al hombre, peregrino en esta tierra, mas que para buscar en ella el camino de su patria celeste y eterna! ¡La vida, que aun en los principios de la mas triste filosofia, es á lo menos un misterioso fenómeno, cuya solucion no le ha sido dado al hombre descubrir, y que siempre le estará encubierta!

Y sin embargo, no son ya solamente los grandes dolores los que obcecados por una culpable desesperacion, van á pedir á la sepultura que Dios adelante por ellos la hora del juicio: no son ya solamente las almas marchitadas por vivimos padecimientos las que de tarde en tarde se arrancan violentamente de la tierra con la insensata esperanza de despertarse en un lecho de flores. No: el suicidio, en su sombría y desabrida abnegacion, en su sacrilega conviccion de la nada, llama indistintamente á la muerte desde los espléndidos palacios y desde las mas humildes viviendas, y así ha devorado sucesivamente y como por pasatiempo una multitud de existencias que empezaban risueñas y hermosas, y que hubieran acabado puras y honradas. Su pensamiento abrasador se apodera á la vez de la juventud poética y novelosca, de la edad madura atenta á negocios de interés, de la vejez codiciosa de robarle el tiempo algunas horas. . . . Abramos un momento su fúnebre anales.

Y ante todas cosas, rechacemos con toda la energía de la razon ese miserable precepto, que no ha podido salir mas que de cabezas sin luces y sin fe, de que es preciso correr un velo sobre esos tristes excesos de la humanidad delirante.



¡No, no, caigan todas las claridades de la religión sobre los errores del hombre, toda la justicia del cielo sobre los crímenes de la tierra! Esos doctores, consternados en vista de la vanidad de su ciencia, dicen que el hombre, semejante á los animales, se deja arrastrar á la necesidad material de la imitación, y que hablarle del suicidio es inspirarle la idea de cometerlo. . . ¡Orgullosos blasfemadores de la omnipotencia de Dios y de la majestad del hombre! ¿ignorais que si hay en el hombre bastante poder para honrar el error y cometer el crimen, hay tambien en él una fuerza divina que lo impulsa hácia la verdad y le hace inclinár la frente ante las austeras leyes de la virtud? Pero ¿no es este el momento de considerar la cuestion bajo el punto de vista fisiológico: aprestémonos á decir solamente que no reconocemos de modo alguno el suicidio como una enfermedad. . . ¡Absurda irrisión! ¡No, no; lo que puede contener los progresos del mal no es la palabra muerta de Haller y de Bichat, sino la palabra viva de un Bossuet ó de un Fenelon!

Demasiado cierto es, de algun tiempo á esta parte, no se oye hablar mas que de nuevas y continuas pruebas de ese extraño desaliento que se ha apoderado de nuestra época, pruebas dolorosas y sangrientas de la insuficiencia de las instituciones humanas y del culpable abandono de las santas enseñanzas de la religion. Ya un jóven poeta, dudando del porvenir, desencantado de lo presente, despierta de su ensueño de gloria, y se corona de flores para dormirse en la muerte; ya una tímida virgen, ó exaltada insensata, ó amante infeliz, dice un eterno á Dios á la vida. Ese que sucumbe ahí á una frenética é inexplicable desesperacion, es un hombre honrado en el pueblo, dotado de toda la felicidad que le es dado al hombre obtener en esta tierra, donde no hay mas realidad que la esperanza, mas virtud que la caridad, mas certidumbre que la fe. Mas allá un anciano, cuya vida fue irreprochable, segun las ideas mundanas, se presenta de repente y cubierto de su sangre delante de su Dios, cuya voz iba pronto á llamarlo. Y para colmo de dolor y de escándalo, ¿no se ha visto aun á la misma infancia, olvidando sus alegres juegos, su cántida y hermosa inocencia, entregarse á los negros vapores de esa cruel melancolia que abraza la inteligencia bajo sus ideas de muerte? ¡Tente, niño! ¿Es posible que ninguna voz amiga te haya enseñado á hacer oracion, cuando al salir de la cuna pronunciabas con voz balbuciente el dulce nombre de madre? ¡Ah! ¡Lloremos, lloremos por ese niño, porque seguramente no puede ser responsable de su crimen ni á los ojos indulgentes de Dios ni á los de los hombres, cuyo funesto abandono ha dejado marchitarse en su naciente capullo la flor que el sol de la infancia debia bañar de fulgidos colores! Tu sangre ¡oh niño! no caerá sobre tu cabeza; pero ¡ay de los que no han derramado en tu tierno corazón la idea de Dios y del porvenir!

Hay quien dice, que ya en varias épocas de la historia el suicidio ha apare-

cido en el mundo con todos los síntomas de una enfermedad; esta opinión anda muy valida, sobre todo, entre los que quisieran animalizar á la especie humana. Pero ¿se ha explicado siempre bien la casualidad de ese fenómeno histórico? La secta estoica habia cundido muchísimo en Roma hácia los últimos años de la república y en tiempo de los emperadores: entonces sin duda era frecuente el suicidio; pero ¿es razonable atribuir el principio determinante de esta funesta manía á las desgracias del imperio, á la tiranía de los emperadores? Cierto que mas de un tirano cruel se sentó en el sangriento trono de Constantinopla, y que jamás abrumaron á las naciones mayores desgracias que en los borrascosos dias del Bajo Imperio. ¿Pues en qué consiste que en esta última época el suicidio no aparece sino muy rara vez, y como un acto espontáneo, aislado, que excita el horror general? ¿En qué? En que el cristianismo habia reemplazado á la filosofia pagana, y que entonces los desgraciados podian concebir una esperanza mas dulce que la sombría y amarga idea de la nada. Si se investigasen sucesivamente, con arreglo á estos principios racionales, las causas reales de los suicidios que en tiempos mas cercanos á nosotros han afligido y espantado de repente nuestras poblaciones con su al parecer inexplicable frecuencia, se hallarian, si no las mismas razones para explicarlos, á lo menos razones igualmente plausibles para atribuirlos á otros principios que el de una vana imitación.

Pero, ¿á qué fin rodear inútilmente esta dolorosa cuestion de dificultades que no ofrecen su solucion? Las verdaderas causas de los suicidios que se renuevan en el dia con tan dolorosa rapidez, son juntamente morales y sociales. Examinando bajo estos dos puntos de vista los hechos desastrosos que nos inspiran estas reflexiones, pronto se reconoce que las causas sociales que los han determinado no son mas que una deduccion lógica de causas morales anteriores y predominantes.

¿A dónde va la sociedad? ¿á dónde irá á descargar la tempestad las nubes amenazadoras que oscurecen el cielo? Por todas partes los mismos signos precursores providenciales de un porvenir terrible pero desconocido, inspiran los mismos temores y dictan las mismas dudas; y es porque todo reposa hoy dia entre nosotros sobre principios puramente humanos, y porque ninguna direccion superior se revela á los espíritus pervertidos de las masas y aun de los poderes arrastrados por la poderosa atraccion de las ideas generales, á una esfera de actividad donde á cada instante se manifiesta su insuficiencia. Dígansenos en qué época las revoluciones políticas han dejado en pos de sí una serie mas larga de miserias, de desengaños, de irritantes causas de desórden y de confusion. Los momentos de calma aparente en la sociedad son cabalmente aquellos en que se manifiestan con mas energia los peligros y los males de nuestra situacion: entonces los tristes ojos del hombre, presa de los dolores de



lo pasado y de los temores del porvenir, contempla los restos de los naufragos que han arrojado á la costa las olas del océano, y penetra con horror en el negro cráter, humeante todavía, del volcán en cuyo seno no está encadenada para siempre la ardiente lava por alguna mano poderosa, de modo que nuestra paz encubre todas las agitaciones de la guerra, y nuestra prosperidad facticia todas las crueles realidades de la ruina y de la miseria. Un órden aparente ha regulado el desórden; pero hay en el fondo de las cosas un principio intelectual mas poderoso que los hechos, que mantiene una sorda fermentacion donde parece que la fuerza y la violencia comprimen con mas eficacia ese tempestuoso elemento del porvenir y de una vida social abandonada á los caprichos de la imaginacion de los hombres.

Si de estos hechos generales se desciende al exámen de los hechos particulares que de ellos se deducen naturalmente, se verá que las condiciones sociales de la vida privada son igualmente tristes y alarmantes: se verá que un órden social falaz no puede engendrar mas que desengaños, y que despues de haber llamado hácia sí todas las ambiciones y todas las ideas, cierra la carrera á esas ambiciones delirantes, y rechaza al fondo del corazon esas ideas de las que el mismo sin embargo, por un inconcebible progreso de contradiccion y de error, ha recibido la fuerza y la vida. Entonces, en el mundo de esta suerte trastornado, no hay ya ni principio ni fin: la tristeza y el hastío de una vida que se consume en esfuerzos impotentes nacen como esas plantas enfermas que seca el sol en el desierto. Entonces en este mundo el poeta que ha soñado la gloria, dice un fúnebre á Dios á su sueño; el artesano, á quien la mentira, apariencia de una igualdad imposible, ha venido á desengañar en medio de su sed de orgullo, se encuentra jadeando y dolorido bajo el techo que cubre su miseria. Entonces en este mundo todas las clases, todas las edades, todos los sexos experimentan las mismas amarguras, aunque en circunstancias diferentes: una sombría desesperacion se apodera simultáneamente de todos los corazones vacíos y escarmentados, y no parece sino que una densa y fúnebre nube se desarrolla encima del hombre como una inmensa mortaja que oculta la vista del cielo. La esperanza muerta sobre la tierra no se despierta en él en un pensamiento de mortal porvenir, y entonces el suicidio encierra toda la filosofía de la historia.

Pero esas agitaciones, esos desengaños, esos dolores, no son la obra del hombre que los culpa en su desesperacion para maldecir su existencia, y pronunciar sobre sí mismo el anatema de la sangre! ¿Cuál poderosa causa ha dominado á esas causas? ¿Cuál voz armoniosa y pura ha sido sofocada para que esa voz falta hablase tan alto en el mundo? Hemos dicho poco ha, echando una mirada sobre la historia, que el cristianismo destruyó en el mundo romano los principios materialistas de la filosofía estoica, y puso fin por consiguiente á

las violentas preocupaciones de aquella filosofía, que enseñando á despreciar la vida, convertirla en suicidio en una accion lógica y virtuosa. Una reaccion opuesta se ha verificado en el mundo, y ese cristianismo tan poderoso sobre las ideas se halla en el dia combatido por una filosofía mas estéril y mas triste que el estoicismo; pero que produce resultados idénticos, porque los fines del hombre están limitados por dos principios, de donde emanan todas las combinaciones posibles de su inteligencia, la verdad y el error.

Si, del olvido de la religion es de donde nacen todos los males sociales, y solo ella puede curarlos. La religion santa de Cristo, que asiste al primer día del hombre, como la tierna madre que vela junto á la cuna de su hijo recién nacido, que le acompaña en todos los demás dias que cuenta en la tierra, y que lo ayuda en su hora postrera á pasar á una vida sin borrascas y sin dolores—la religion lo defenderia contra esa fatal desesperacion que lo impele al suicidio porque ella sola tiene realidades para todas las esperanzas y consuelos para todas las penas. Y tal es la sublimidad de su divina esencia, que severa con el hombre á quien ciega la prosperidad, no reserva sus dulzuras y sus palabras consoladoras mas que para el que llora y sufre. Ella diria al poeta, cuya alma desengañada huye de un porvenir descolorido á sus ojos, que el pensamiento inmortal debe elevarse encima de este mundo perecedero, y que la gloria que dan los hombres no es mas que un vano reflejo de su orgullo: ella le diria, que mas allá de este mundo, cuyos aplausos codicia, hay un mundo de eterna armonía, donde la fe guarda un puesto al talento que se ha empapado en sus inspiraciones, que se ha animado con sus virtudes. Ella diria á la virgen cuyas esperanzas ha frustrado una pasion humana, que existe un amor puro y suavecito que no conoce las lágrimas ni las amarguras. Ella diria al hombre á quien el hastío ha conducido lentamente á buscar en la tumba una sensacion nueva y desconocida, que no habia nacido para la efímera felicidad de este mundo, y que hay en la virtud una felicidad y un deleite que no viene á turbar ningún remordimiento, que ningún cansancio sorprende en el camino de la vida. Ella diria al anciano que su día está próximo y que Dios no lo ha llamado antes á su seno porque la prueba á que nos somete no es la misma para todos... ella diria á todos los que sufren: llamad la oracion á vuestros ardientes labios, y se apagará vuestra sed, y cesarán vuestros dolores. Un instante de fe y de arrepentimiento os promete una eternidad de esperanza y de ventura: no destruyais con un crimen ese inmenso porvenir, en el que os es posible entrar libres y gozosos como un esclavo que de repente ve rota su cadena, sin que una duda cruel venga á derramar un invencible horror sobre vuestros últimos momentos.

Y nosotros á quienes ha sido dado caminar hasta ahora en el recto sendero de la fe, nosotros á quienes sostiene una santa esperanza en medio de las borrascas y de los dolores de este siglo, no abandonemos á nuestros hermanos extraviados; oremos por los que sucumben y sostengámoslos á los que tiubean.



# EL TIENCIÓN DE LA ABEJA.

## A ARITA DE CINCO AÑOS.

En su capullo encerradas duermen las modestas flores sin sufrir por recatadas de las abejas jaspadas o de los aguijones roedores.

¡Oh! quién esa fe tuviera, esa ilusión, esa nube, que te remonta á otra esfera, do solo engañado sube el inocente que espera!

Más luego que en el vergel abren su cáliz de fuego, la abeja se clara en el y la flor pierde su miel para perderse ella luego.

En mis sueños de aléi también, cual tú ves, yo un gran porvenir que avanza sin saber que un no ó un sí puede matar la esperanza.

En el vergel de la vida, tú también, niña querida, sin riesgo puedes dormir, que nadie te puede herir en tu candor guarecida.

También, cual yo ví, verás, al tiempo un porvenir á lo lejos, se acercará mas y mas, te bañarán sus reflejos, y nunca lo alcanzarás.

Y en tanto que la maldad y la doblez y el orgullo infestan la sociedad, tú te abrigas con tu edad, cual la flor con su capullo.

Y cansada de esperar, de ver que es fantasma vana la que te viene á halagar, no te podrás engañar con los gozos de mañana.

¡Dichosa tú, niña hermosa, que entre las farsas y engaños de esta sociedad mofosa, tienes para ser dichosa un corazón de cinco años!

Que mañanas de pesares con mondono desliza, con cual las olas en los mares, verás llegar á millares, sin hallar una feliz.

¡Sin el desengaño austero que rasgue el disfraz del mundo, hasta juzgas verdadero el llanto del heredero á los pies del moribundo.

En esta tierra aterrida, suplica al cielo, querida, que tu tierra cudad dilate, y que solo te arrebathe la inocencia con la vida.

Esperanzas mil y mil que se van en la vida, son las flores de tu abril que juntas van á formar de tu inocencia un pensil.

Que al menos si place al cielo negarte felicidad en esta tierra de velo, te deje corrido el velo con que cubre esta verdad.

RIBOL Y FONTRE.

# EL TURBION DE NIEVE.

(NOVELA RUSA.)

A fines del año de 1811, tan memorable en la historia rusa, vivía cerca de Nenaadowo un excelente señor, cuya hospitalidad era célebre en todas las inmediaciones. Diariamente iban sus vecinos á su quinta, unos á comer y beber, otros á jugar al boston con su mujer, y algunos, los mas, por ver á su hija María, cuyo pálido y melancólico semblante y airoso talle cautivaba todas las voluntades. María tenía entonces diez y siete años; sabía que debía pasar algun dia ricos estados, y muchas personas de cuenta pensaban en ella para sus hijos.

Habia leído María una multitud de novelas francesas, y por natural efecto de tales lecturas, no tardó en abrir su alma á amorosos devaneos, dando oído á los tiernos arrullos de un pobre abanderado que habia ido con licencia á pasar algunos dias con su familia. Excusado es decir que el jóven por su parte estaba perdido de amores por María, y habiendo advertido los padres de la niña aquella mutua inclinacion, trataron al oficial un poco de lo que se trata á un cesante, y prohibieron á María que no pensase jamás en casarse con él.

Escribiansen sin embargo los dos amantes, y se daban misteriosas citas en el cercano pinar, junto á las ruinosas tapias de una antigua capilla. Aliviando el rigor del destino, se juraban un amor eterno y formaban toda especie de proyectos novelescos; hasta que por último, á fuerza de cartas y de entrevistas á solas, llegaron á tomar una resolucion decisiva. "Una vez que no podemos vivir el uno sin el otro, se dijeron, y que una voluntad cruel, bair, ba nuestra ventura, es necesario que destruyamos los obstáculos que nos oponen." El jóven oficial fué el primero que apuntó esta idea, que inmediatamente aceptó la exaltada imaginacion de María.

Pasaba esto á principios de invierno: las citas eran ya imposibles, pero la correspondencia empezó á ser cada vez mas activa. En todas sus cartas con juraba Wladimiro á su amada que se abandonase á él y le diese en secreto su hermosa mano, que pasarían algun tiempo escondidos y después se echarían á los pies de los padres de María, que conmovidos sin duda en vista de tanta constancia, darian á los jóvenes esposos: "Hijos, os perdonamos, venid á nuestros brazos."

Aunque aprobaba de todo punto este proyecto María, sin embargo, temiendo en llevarlo á ejecucion, propúsole su amante diferentes planes de evasión; y en fin, aceptó uno: María debía pretextar cierto dia un fuerte dolor de cabeza, retirarse á su cuarto á la hora de cenar, y con su doncella, que estaba en el secreto, bajar por una escalera falsa al jardin, en cuya puerta encontrarian un



trineo que la conduciría á cinco verstas de la quinta, á la iglesia de Deschadrido, donde los aguardaría Wladimiro.

Toda la noche que precedió al día decisivo, estuvo María en movimiento: preparó su equipaje, sus vestidos y sus alhajas; luego escribió una larga carta á una de sus amigas, y otra á sus padres, en que les decía á Dios en los terminos mas expresivos; imputaba á su violenta pasión el paso que iba á dar, y concluía asegurándoles que el instante en que pudiese volver á arrojarle á sus pies y obtener su perdón, sería para ella el mas feliz de su vida. Después de haber cerrado las dos cartas con un sello que representaba dos corazones inflamados y tenía un lema análogo á las circunstancias, se tendió vestida en su cama y se quedó dormida; pero no tardó en despertarse desparorida y como sofocada por horriblos ensueños: le parecía que en el momento de salir para la iglesia, su padre la arrebatava con mano airada y la precipitava en un tenebroso abismo; luego veía delante de sí á su futuro esposo, que pálido y ensangrentado, con moribunda voz la conjuraba que se uniese á él sin tardanza. Levantóse á la mañana mas descolorida que de costumbre y con un verdadero dolor de cabeza; sus padres le hacen mil preguntas con tierno interés, y aquellas cariñosas preguntas le despedazan el corazón. Procuró tranquilizarlos, mostrarse alegre, y no pudo conseguirlo; al anochecer sintió su alma cruelmente oprimida al considerar que aquel era el último día que iba á pasar bajo el techo paterno, y en silencio, llena de dolor, se despedía tristemente de todo cuanto la rodeaba. Cuando sirvieron la mesa, manifestó con voz trémula que tenía que retirarse, y dió las buenas noches á sus padres, que la abrazaron, dándole como de costumbre su bendición. La pobre niña estaba á punto de prorumpir en lágrimas, y así, apenas llegó á su cuarto se echó en una silla y estuvo mucho tiempo llorando amargamente. Su doncella que se sosegase, que cobrase su aliento: todo estaba pronto; dentro de media hora María iba á abandonar la casa de su padre y á decir un eterno á Dios á su serena vida de soltera. Descargó en aquel momento un súbito turbión de nieve; el viento zumbaba y hacia retumbar las puertas y las ventanas: ¡sinietro presagio para la imprudente fugitiva!

Pronto quedó todo en reposo dentro de la quinta. María se envuelve bien en una capa de pieles, toma la cajita de sus joyas, y baja seguida de su doncella, que llevaba parte de sus ropas. Continuaba entre tanto el turbión; el viento silbaba con violencia, cual si quisiera detener á la joven culpable, que con trabajo llegó á la extremidad del jardín donde la esperaba el trineo; los caballos, traspasados de frío, manoteaban impacientes, y el cochero de Wladimiro hacía los mayores esfuerzos por contenerlos. Ayudó á María y á su doncella á subir, cogió las riendas y partió á todo correr.

Dejémosle continuar su camino, y veamos qué es entretanto del joven abandonado.

(La conclusion en el número inmediato.)

## EL PULPITO.

Borrascoso y turbulento es el piélago que recorremos; oscuro y nublado está el horizonte de nuestra patria; volvemos la vista á sus pueblos, y los vemos esquilados, repasamos la historia y nos afigimos con la idea de lo pasado; y por do quier que fijemos nuestros ojos, hallamos un vacío que nos desconciela. ¡Ah! no pasemos adelante con recuerdos que contrastan nuestro corazón, no. Una melancolía dulce y risueña baña nuestros sentidos, el porvenir. Sí, tendremos un venturoso porvenir, que el sol de la paz ha empezado á brillar con esplendor en la patria de Fr. Luis de León y de Cervantes. Y ante su deslumbradora carroza va el genio de las creencias y de la propagación de las letras y las artes, con la faz risueña y saurosada.

De las *creencias* decimos porque sin ellas no habría sociedad, el santuario de la justicia se vería manchado por criminales y asquerosas manos, el amor filial se perdería quedándose convertido en odio implacable, y no habría fidelidad ni serían validas las palabras de los hombres. Si las *creencias* solas pueden sostener el edificio de la consolidación de los países, por desgracia se han debilitado estas en España, y por eso nos vemos abrumados continuamente de los desastres que produce su falta. Es de absoluta necesidad el *culto exterior*. ¿Y si este no existiese, no se habría borrado de nuestra frágil memoria hasta la idea de la Divinidad? Es indudable que así sucederá.

La *literatura sagrada* acogerá benignamente el asunto de que vamos á tratar. ¡Cuán grato nos es el ver esas dos hermosas palabras unidas! *Literatura*. . . jardín ameno en que brillan y sobresalen las rosas y los claveles, deliciosa gruta que encanta mi imaginación. *Sagrada*. . . epíteto que le da majestad, sencillez y grato reposo para las almas pensadoras, y le ofrece ameno y pintoresco campo en donde estogar.

El *pulpito* no se conoció en la mas remota antigüedad, como se ha dicho por algunos: se establecieron los ídolos á la aventura, y el pueblo ilusionado con las novedades, los acogió y les tributó ciegameute homenajes supersticiosos: de consiguiente entonces se hizo la religión un deber preciso. Cuando el divino Maestro vino al mundo y dió á conocer sus verdaderas y sacrosantas doctrinas, eligió el medio de convertir á las masas populares al cristianismo, arregándolas desde un punto mas elevado que el que ocupan los oyentes. Es-



te es el origen del *púlpito*. ¿Puede ser mas satisfactorio? ¿Puede ser mas glorioso? El Salvador de los hombres recorría las aldeas con los pies descalzos, arrojando todos los peligros y todas las amarguras posibles, por enseñar á sus semejantes las celestiales máximas.

Esta fué la cuna del *púlpito*, cuna ilustre á la par que grandiosa. Dose discípulos del Salvador, los apóstoles, sufrieron tambien resignados las persecuciones mas terribles por hacer la felicidad de mayor número de fieles. De este modo se fué extendiendo gradualmente en las iglesias la predicacion. Hasta aquí nos ha guiado para trazar estas mal-arregladas líneas la historia sagrada; ahora nos conduce la literatura. Fácilmente se pronuncia un discurso; pero es menester amoldarlo á las reglas que nos dicta el arte, y á la naturaleza autorizada ya por la experiencia. El discurso es pronunciado por un sacerdote para exhortar á los fieles ó convertir á los sectarios; esto se llama sermón.

Lo primero que debe tener presente el buen predicador, es que las personas que le van á escuchar son generalmente de poca instruccion y de escasos conocimientos; por consiguiente su lenguaje debe ser sencillo, claro y conciso. Predicadores hay que están en la firme conviccion de que solo dando desaforados gritos se conmueve el auditorio: se engañan. Los pensamientos nobles bien explicados con sonora y clara voz, y adornados con buenas palabras segun lo exijan las situaciones, son los que conmueven el corazon humano. Debe reunir el lenguaje de estas oraciones á la sencillez la sublimidad, puesto que los asuntos de que trata son bíblicos y merecen ser explicados con dignidad. Sabidas son ya de todos las partes del discurso, y en el de que nos ocupamos el exordio debe estar apoyado sobre algun punto doctrinal y no muy largo. La proposicion será algun pasaje de la historia sagrada, narrándolo con sencillez y tal como esté en el texto. La confirmacion y refutacion no existen en esta clase de discursos, pues que no hay quien contradiga al orador. Sin embargo, este suele algunas veces hacerse él mismo las objeciones, contestándolas sucesivamente, para que los oyentes queden mas convencidos de la verdad que expone. Una y última parte del discurso resta solo que enumerar. El epilogo es el resorte del predicador: en él luce todas sus dotes oratorias, brilla su elocuencia, emplea el ingenio en todo su esplendor, y en esta parte halla acogida la imaginacion poética: epilogo debe ser una ferviente súplica dirigida á los oyentes, ó bien para enseñarles el verdadero camino de la virtud, ó bien para convertir á la religion cristiana á los infieles y mostrarles la hermosa senda de la religion de Cristo.

Quede de una vez consignado que el *púlpito* ha sido, es y será el cimiento mas firme sobre que descansa la consolidacion de las *creencias sagradas* en nuestra patria, y ya que carezcamos de tantas cosas, trabajemos al menos por tener RELIGION.—

## EL TURBION DE NIEVES.

(CONCLUYE.)

Wladimiro no habia tenido un momento de sosiego en todo el dia; primeramente habia ido á casa del cura para concertar con él la ceremonia de la boda, luego á ver á unos vecinos para llevarlos á la iglesia como testigos. El primero á quien se dirigió era un capitán retirado, que aceptó gustoso la proposicion que le hizo Wladimiro, diciendo que le recordaba sus calaveradas de muchacho; convidóle á comer, y le prometió proporcionarle otros dos testigos; en efecto, por la tarde llegaron un alférez y un jóven que acababa de entrar en un regimiento de lanceros; ambos declararon que estaban prontos, no solo de servir de testigos á Wladimiro, sino á exponer sus vidas por ayudarlo á su empresa. Wladimiro les dió un abrazo y se volvió á su casa á hacer los últimos preparativos. Después de haber enviado á su fiel Miguel con el trineo á la puerta del jardín de su amada, tomó para sí otro mas ligero, tirado por un solo caballo, y se encaminó á Deschadrino, á donde debia llegar María pocas horas despues: conocia muy bien el camino, y no creia tardar en él arriba de veinte minutos.

Apenas salió á campo raso, rompió la tormenta y empezó á cegarle el turbion de nieve, que en un momento cubrió el camino y redobó el horizonte, con un velo tan sombrío, que no dejaba distinguir ni el cielo ni la tierra. Wladimiro conoció que habia perdido el camino, y trató de volver á él; pero su caballo caía de un barranco en otro, y á cada instante volcaba el trineo. Mas de media hora hacia que estaba andando el jóven oficial, y aun no habia llegado al Deschadrino; el terreno era á cada paso mas quebrado, la nieve caía cada vez con mas violencia, la noche se iba haciendo mas y mas sombría, y el caballo empezaba á estar cansadísimo.

Reconoció Wladimiro que de nuevo se habia equivocado de camino. Paróse, procuró coordinar sus ideas y creyó que debia torcer hácia la derecha; así anduvo durante una hora mas, sin distinguir una sola habitacion, dando tumbos, cayendo y levantándose á cada instante, y procurando reanimar el ardor de su caballo, que apenas podia tenerse en pié.

Al cabo distinguió á alguna distancia una línea negra, hácia la cual se dirigió, y llegado que hubo, reconoció que era un bosque.—«¡Loado sea Dios! exclamó, ahora ya estoy cerca del término de mi viaje!» y avanzó en la direccion del bosque, esperando encontrar su verdadero camino. Pronto en efecto llegó á un camino real, ancho y llano, guarecido del viento por los árboles, y donde ya podia andar el caballo con mas brío; tambien Wladimiro cobró algun aliento, y dió treguas á su mortal angustia; pero ello era que andaba, andaba sin cesar hácia adelante, y no veia la aldea, y no podia llegar al fin del bosque. Enton-



ces vió con espanto que se hallaba en un sitio que le era totalmente desconocido: la desesperación se apodera de él, y emprendió furioso á latigazos con el pobre caballo, que haciendo un último esfuerzo, arranca á galope; pero no tarda en aflojar el paso, pues estaba realmente quebrantado.

Pocos instantes después salió Wladimiro de aquel largo bosque; pero por mas que se desojó mirando á todos lados, no pudo distinguir la aldea de Dschadrino. Era ya cerca de media noche, las lágrimas se le saltaban involuntariamente de los ojos, y el infeliz seguía andando sin saber á dónde iba. Empezaba entre tanto á calmarse la tormenta, las nubes se disiparon, despejóse el cielo, y el jóven abanderado vió delante de sí una ancha llanura nevada, en cuyo centro se alzaba una miserable aldea, compuesta de cuatro ó cinco chozas. Dirigióse hácia la que estaba mas cerca y llamó á una ventana; pocos minutos después asomóse á ella un anciano de luenga barba cana, y le dijo:—¿Qué se te ofrece?—¡Estoy lejos todavía de Dschadrino!—¿De Dschadrino!—Sí, sí: ¡es muy lejos de aquí!—No mucho; diez verstas poco mas ó menos. Al oír estas palabras hizo un ademán de desesperación, y quedó inmóvil como un hombre herido del rayo.

—¿Pues de dónde vienes? repuso el anciano. Sin responder á esta pregunta, díjole Wladimiro si podría proporcionarle caballos para ir á Dschadrino.—¿Dónde quieres que los busque? respondió el alicano.—Pero, replicó Wladimiro, podrás al menos darme una guía? Pagaré generosamente.—Aguarda, dijo el anciano, voy á enviarte mi hijo; allá te entenderás tú con él; y dicho esto, desapareció el viejo. Algunos minutos después, llamó de nuevo Wladimiro á la ventana.—¿Qué mas ocurre? preguntó el anciano.—¿Viene ó no viene tu hijo?—Se está vistiendo, y va á venir; si tienes frio entra á calentarte.—No, no, gracias; que venga tu hijo cuanto antes.

Abrióse la puerta, y salió un jóven que llevaba en la mano un garrote, con el que sondeaba á derecha é izquierda la nieve que cubría el camino. —¿Qué hora es? preguntó Wladimiro.—No tardará en amanecer, respondió el patán. Wladimiro estaba como fuera de sí.

Cuando llegaron á Dschadrino empezaba á rayar el día y á oírse el canto de los gallos. La iglesia estaba cerrada, el jóven abanderado pagó á su guía y fué corriendo á la casa del cura. —¿Qué noticias iba á recibir? Pero volvamos á los buenos habitantes de Nenaradowo, y veamos lo que por allí pasa. A la mañana siguiente entraron los padres de María en el comedor, donde ya estaba servido el té, y enviaron á un criado á saber cómo estaba su hija: el criado volvió con la noticia de que la señorita había pasado mala noche, pero que ya estaba mejor é iba á bajar. En efecto, poco después entró en el comedor, y se llegó á sus padres para besarles la mano.

—¿Cómo te sientes, hija mía? le dijo su padre.

—Estoy mejor, respondió María.

—Sin duda el calor de la estufa sería lo que te indispuso ayer.

—Puede ser.

Por la tarde cayó María enferma; el médico, que á toda prisa enviaron á llamar, declaró que tenía mucha calentura, y por espacio de mas de quince dias la pobre niña estuvo, por decirlo así, á las puertas del sepulcro.

Nadie sabia en la quinta la resolución que había tomado de huir de casa de sus padres; había quemado las cartas que tenía escritas, y su doncella no había desplegado los labios sobre aquella aventura; el cura y los testigos habían sido tambien muy discretos, y por buenos motivos, y en fin, hasta el cochero mismo había hablado muy poco en las tabernas. Así quedó guardado el secreto entre una media docena de cómplices; pero María lo reveló en parte en el delirio de la calentura, diciendo cosas tan singulares, que su madre, sentada á la cabecera de su cama, la creyó perdidamente enamorada de Wladimiro, y atribuyó á la violencia de aquel amor la enfermedad de su hija. Habló de ello á su marido y á algunos amigos, quienes declararon que era una inhumanidad desesperar mas tiempo á la enamorada doncella, y que al fin y al cabo la pobreza de su amado no era un vicio tan imperdonable.

Cuando empezó María á recobrar sus fuerzas, resolvieron sus padres escribir á Wladimiro, anunciándole que consentían que se casase con su hija; pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una respuesta incomprensible, en que Wladimiro decía que nunca mas pondría los pies en su quinta, y que la muerte era ya su única esperanza! Pocos dias despues supieron que había salido para el ejército. Pasaba esto en 1812.

Durante mucho tiempo no se atrevieron á manifestar á María sus padres esta novedad, y ella por su parte tampoco hablaba nunca de Wladimiro; pero como un dia leyese su nombre entre los de los que mas se habían distinguido en la batalla de Borodino y habían sido gravemente heridos, cayó desmayada; este accidente no tuvo por dicha consecuencia ninguna de gravedad.

Murió su padre poco tiempo después, dejándole un causal que no podia consolarla de tan dolorosa pérdida; madre é hija abandonaron la quinta que les recordaba tan tristes memorias, y se retiraron á otro gobierno.

Allí su juventud y sus riquezas le atrajeron nuevos pretendientes; pero María no dió á ninguno la menor esperanza, sin embargo de que su madre la instaba á elegir un esposo, en cuyo caso meneaba María la cabeza con ademán triste, y no respondia palabra. Wladimiro había muerto, y parecia que su memoria era sagrada para María, que conservaba cuidadosa cuanto de él había recibido, piezas de música, versos y dibujos. Todos admiraban semejante constancia y esperaban con curiosa impaciencia al que debía vencer la fidelidad de aquella nueva Artemisa.

Acababa de terminar la guerra gloriosamente; nuestros soldados volvian en



triunfo á sus hogares, en medio de una multitud entusiasta de sus triunfos y anhelosa de verlos. Por todas partes resonaban músicas militares; los oficiales á quienes habian visto salir á campaña sin pelo de barba, volaban con rostro viril y cubierto el pecho dedecoraciones.

Las mujeres rusas estaban en aquel momento incomparables: á su natural frialdad habia sucedido una verdadera exaltacion, y saludaban con gritos de alborozo á los batallones que entraban en sus pueblos tambor batiente y banderas desplegadas. No presenci6 Maria las solemnes funciones que entonces animaban las grandes ciudades, pero no era menor el entusiasmo en los caseríos y en las aldeas. En esta, la llegada de un oficial era un gran suceso; recibíasele en triunfo, y todos á porfia le daban las mas insignes pruebas de interés y afecto.

Ya hemos dicho que Maria, á pesar de su desvío, estaba rodeada de pretendientes; pero todos hubieron de abdicar su ambicion cuando vieron introducido en casa de la jóven heredera á un coronel de húsares, llamado Burmin, que llevaba en el ojal la cruz de San Jorge, y tenia, en opinion de las damas del distrito, una palidez muy interesante. Era hombre como de hasta veintiseis años, y se hallaba á la sazón visitando unas haciendas que poseia inmediatas á las de Maria, á fin de descansar de sus fatigas y curarse de sus heridas: Maria le recibió con particular agrado; con el no era reservada ni silenciosa como con los demás; hubiera sido injusto decir que ejercia con él alguna *coqueteria*; pero el poeta, advirtiendo su conducta, hubiera tenido derecho para preguntar: *¿Se amor no é, che dunque é quel (\*)?*

Era Burmin realmente un jóven muy amable, y estaba dotado cabalmente de aquellas prendas del alma que mas cautivan á las mujeres. Su conducta con Maria era sencilla y natural; pero sus ojos y su corazon parecia que la seguian en todos sus movimientos y estaban pendientes de todas sus palabras. Burmin mostraba ser de un carácter suave y reservado; sin embargo, se aseguraba que habia tenido una vida bastante borrascosa, cosa que no le perjudicaba cerca de Maria, dispuesta, como todas las mujeres, á perdonar aquellas travessuras que anuncian un alma ardiente. No era solo la amena y dulce conversacion del jóven coronel, su palidez, sus heridas, lo que interesaba á Maria; mas tambien y mas que todo su silencio: no podia ocultarse á sí misma que

(\*) *El verso completo dice:*

Se amor non é, che dunque ch'io sento?

y es el último de aquel bellísimo y celebrado soneto, que empieza:

Pace non trovo, e non ho da far guerra,

sobre el que tanto se ha disputado entre los eruditos españoles é italianos, sosteniendo los primeros que Peirarca tradujo en él á nuestro poeta valenciano del siglo XIII *Mosen Jordi*; y los segundos que *Mosen Jordi* fué el traductor: lo que, puesta á un lado toda parcialidad nacional, nos parece por varias razones lo mas probable.

(N. DE LA R.)

aquel hombre le interesaba mucho, y con su perspicacia y su experiencia bien debia él haber advertido el efecto que producía. ¿Por qué pues no se habia aun echado á los pies de Maria, para declararle su amor? ¿Qué motivo le lo tenia? ¿Deteniale acaso aquella timidez inseparable del verdadero amor, ó la prudencia de un maestro consumado en galanteos? Despues de haberlo pensado mucho, Maria declaró que semejante circunspeccion no podia atribuirse sino á timidez, y determinó animar ella misma al jóven coronel á fuerza de agasajos, y entrevia en su imaginacion los incidentes mas novelescos y esperaba impaciente el desenlace.

Pronto obtuvieron sus ardidés mujerials el éxito que deseaba; Burmin se mostraba cada dia mas pensativo, y sus negros ojos se clavaban en Maria con tal ardor, que no podia estar lejano el momento decisivo. Los vecinos hablaban de la boda de la heredera como de cosa decidida, y su madre la deseaba como el que mas. Un dia que estaba sentada sola en su habitacion, sumamente ocupada en buscar el porvenir en una combinacion de naipes, entró Burmin y le preguntó dónde estaba Maria.—“En el jardín, respondió la madre; vaya V. á buscarla, que yo espero aqui.” Burmin bajó al jardín, y la buena madre se decía al verle salir: “Espero en Dios que hoy se decidirá todo.”

Encontró Burmin á Maria sentada junto á un estanque, con un libro en la mano, como una verdadera heroína de novela. Despues de haberle dirigido algunas palabras, cortó ella de intento la conversacion y bajó la cabeza, con el fin de poner confuso al jóven coronel y de llegar así mas pronto á una explicacion; y en efecto, Burmin, no sabiendo cómo salir del paso y recobrar su ordinaria actitud, rompió la valla y declaró á Maria que buscaba hacia tiempo una ocasion propicia para abrirle su pecho, y que le suplicaba se dignase concederle algunos instantes de atencion; Maria cerró su libro y bajó los ojos.

—“Ye la amo á V., Maria, dijo Burmin, la amo con passion. (Al oír esto se ruboriza la doncella é inclina la cabeza un poco mas.) He cometido una grande imprudencia dejándome llevar de la dulce costumbre de ver, de oír á V. todos los días, y ahora ya no puedo resistir á mi destino. Su memoria de V., su imagen adorada serán el tormento y la felicidad de mi vida. Me queda, sin embargo, un gran deber que cumplir; tengo que revelar á V. un secreto fatal que pone entre nosotros un obstáculo insuperable.

—Maria le mira sobresaltada.

—Estoy casado, prosiguió Burmin, casado hace tres años, y ni sé quien es mi mujer, ni dónde está, ni si jamás volveré á verla.

—¿Qué dice V. exclamó Maria. ¿Qué cosa tan singular! Continué V. le suplico. Luego le contaré á V. lo que á mí tambien me pasa... Hablo V.

—A principios de 1812, repuso Burmin, fui á unirme con mi regimiento en Wilna. Al llegar de noche y muy tarde á la casa de postas, mandé que en-



gancharon los caballos al momento. En el mismo instante empezó á caer un turbión de nieve, con lo que el maestro de postas y su gente me aconsejaron que esperase á que pasara. Al principio cedí á su consejo; pero luego, impaciente por seguir mi camino, me resolví á arrojarme todo á ir adelante. El postillon, por acortar algunas verostas de camino, quiso atravesar un río cubierto de hielo; pero erró el sendero, y pronto nos encontramos en una llanada que no conocia; por fortuna ví brillar á lo lejos una luz, y le mandé que se dirigiese hácia ella. Llegamos á una aldea donde ví la iglesia iluminada, las puertas abiertas de par en par, y algunos trinceos, ante los cuales se paseaban varias personas. "Por aquí, por aquí," gritaron algunas voces.

Lleguéme adonde parecia que me llamaban, y entonces me dijo un desconocido:—"Pero hombre, ¿cómo has tardado tanto? La novia se ha desmayado, el cura no sabe qué hacer, y ya ibanos á retirarnos. Ea, date prisa." Apéteme de mi kbitka embozado en mi capa, y entré en la iglesia. Una jóven estaba sentada á la sombra de un pilar, en un banco, mientras otra, de pie delante de ella, le frotaba las sienes. "¡Loado sea Dios, exclamó la última, que por fin habeis llegado! mi pobre señorita se iba á morir..." El sacerdote me dijo: "¿Quieres V. que empiece!—Sí, le respondí sin saber lo que me decia. Ayudaron á la jóven enferma á levantarse, y me pareció bastante linda. Arrastrado por una incomprendible é imponderable ligereza, me encaminé al altar. El cura dió algunos pasos; los testigos y la doncella no estaban ocupados mas que en asistir á la novia; un momento despues estábamos casados.—"Abrazaos," nos dijeron. Mi esposa vuelve hácia mí su pálido rostro, voy á abrazarla, cuando de repente: "¡Dios mio, no es él!" exclama y cae sin sentido. Los testigos me miran, y yo salgo de la iglesia, monto en mi carruaje y me alejo á todo el galope de los caballos."

—"Cielo santo! exclamó María, y ¿no sabe V. lo que ha sido de su mujer

—Ni siquiera sé, respondió Burmin, el nombre del pueblo en que me pasó la aventura que acabo de referir á V. Yo daba entonces tan poca importancia á ese sacrilegio, que me dormí pocos instantes despues de haber salido de la iglesia, y no me desperté hasta el dia siguiente, cuando ya había mudado tres veces de caballos. El criado que me acompañaba murió durante la campaña, de modo que ninguna esperanza me queda de volver á ver á la infeliz á quien tan indignamente engañé entonces, y que hoy se venga de mí de un modo tan cruel.

—"¡Dios mio, Dios mio!" exclamó María cogiéndole una mano, ¿con que cara V. ¿Y es posible que no me haya reconocido antes? . . .

Burmin se puso pálido y cayó á los pies de su amada.—POTSCHEIN.

## NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

[SU FESTIVIDAD EN 16 DE JULIO.]

Los que han osado poner en duda la devoción de la primitiva Iglesia al culto de la divina Madre del Salvador, suponiéndole erradamente nacido en las tinieblas de la llamada edad media, ni han comprendido la índole del corazón humano, ni conocido la historia del cristianismo, como sabiamente demuestra San Bernardo. No han comprendido, decimos, la índole del corazón humano, porque de otra suerte es imposible que hubiesen desconocido su irresistible tendencia á amar lo que es esencialmente amable, y á venerar lo que de todo punto es digno de veneración. ¿Y qué cosa hay en el mundo mas digno de amor que la maternidad, mas digna de veneración que la *virtud*? Aun cuando no guseñase la Iglesia el culto de la Virgen Madre, los hombres le hubieran adivinado, le hubieran instituido y profesado. No conocen, decimos, la historia del cristianismo, pues ignoran que el culto de María Santísima data, como lo prueban irrecusables testimonios escritos, no menos que la unánime tradición de los pueblos, de la época misma en que aun vivía en la tierra aquella gran Señora en carne mortal.

Hacia la misma época tal vez, y de todos modos en una época muy poco posterior, recibia ya la Reina de los ángeles un ferviente culto en las magníficas soledades del monte Carmelo. La historia no señala el momento en que principió este culto; pero la tradición, mas respetable que la historia, porque esta es obra de un hombre y aquella lo es de un pueblo, la tradición, repetimos, le hace ascender á la primera mitad del primer siglo de nuestra era. Y en efecto, ¿por qué hubiera tardado mas en difundirse esa clara luz en Oriente que en Occidente? A estos testimonios de la tradición y de la razón, añado otros tambien la historia, que fuercamente para las almas de poca fe tendrían mas fuerza que aquellos. Refieren los cronistas de la primera cruzada que cuando llegaron á Palestina hacia ya *muchos siglos* que florecian en aquella Iglesia los padres carmelitas, conservándose, á pesar del furor de los sarracenos, encerrados en las cavernas del monte Carmelo, de donde tomaron su nombre. Estos padres profesaban una pública y especial devoción á la beatísima Virgen en aquellos mismos santos lugares donde labró nuestra redención la sangre preciosa de su Divino Hijo! ¡Tierra y venerable devoción!

Aquel gran rey que la Iglesia ha colocado en el catálogo de sus santos y que la Francia agradecida bendice en el de sus héroes y civilizadores, san Luis, sublime cavallero de aquella primera cruzada, prendido no menos de la esclavitud que de la penitente vida de aquellos eremitas del monte Carmelo, los persuadió á que se trasladasen con él á Francia, como en efecto lo hicieron algunos, fijando su primer establecimiento á una legua de Marsella, en una ermita llamada el *Aigallades*. Declaróse por su protector el piadosísimo monar-



ca, y los extendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Italia, España, Inglaterra y otras naciones. En esta última es donde la Divina Providencia les tenia destinado un hombre que por su extraordinario mérito y rara sabiduría habia de dar en breve grandísimo esplendor á su órden.

Simon Stock, noble inglés, habia tenido una infancia maravillosa. A los doce años de su edad fué conducido por el espíritu de Dios á un desierto sustentábase de raíces y de yerbas; una clara fuente de agua le ofrecia para apagar su sed; su cama, su celda y su oratorio se reducian á la concaridad de un viejo tronco, donde solo podia estar en paz, tan estrecho como Stock, que en inglés quiere decir *tronco de árbol*. Su continuo ejercicio era la oracion, con la cual se unió tanto aquella alma, que los ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecia tambien la tierna devocion que casi desde la cuna habia profesado á la Santísima Virgen, y aseguran los autores de su vida que casi todos los dias le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que los espirituales consuelos de su alma parecian autores y precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años llevaba Simon de aquella angelical vida, cuando por el efecto del arribo de los padres carmelitas á Inglaterra, fué á abrazar su instituto inmediatamente, cumpliendo así la voluntad revelada de la Santísima Virgen, que quiso desde entonces dar una gran prueba de su especial proteccion á aquella dichosa órden, consagrándole por expreso mandamiento el mas querido y fiel de todos sus siervos.

Admitido Simon entre los religiosos del Cármen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, quiso emprender una piadosa peregrinacion: primeramente visitó docecaldo los Santos lugares, y luego recorrió toda Inglaterra, difundiendo por toda ella aquel fuego divino que inflamó su corazon durante su estática residencia de seis años en las sagradas cumbres del Carmelo.

Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, fué tal el fervor de su devocion á la protectora de su órden, que mereció de esta dulcísima Reina de los ángeles el mismo singular favor que ya habia dispensado en Toledo á nuestro bienaventurado San Ildefonso. Dice la historia que un dia se le apareció la Virgen rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales, con un escapulario en la mano, y alargándosele al santo, le dijo estas dulces palabras: "Recibe, amado hijo mio, este escapulario para tí y para tu órden, en prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas: Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. *Ecco signum salutis*. En él te entrego una señal de predestinacion, y una como esentura de paz y de alianza eterna. El que tuviere la inocencia de la vida correspondida á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza."

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo y provecho, al punto se alistaron en la reciente cofradia los reyes como los pueblos. El dulce escapulario *signum salutis* defendió como una misteriosa armada los pechos de los fieles. Siete grandes pontífices autorizaron aquella devocion, y tan viva es hoy en todo el orbe cristiano, señaladamente en España, á pesar de las calamidades de los tiempos, como cuando descendió la Virgen á dar el escapulario á Simon. Por eso la fiesta que se celebra en este dia suele llamarse en algunas partes la fiesta del Escapulario.

# ALIX,

## PERSONAS.

**OLGOCAR DE ALTENA, conde de Fraconia.**  
**ULRICO, estudiante.**  
**ALIX, su querida.**  
**MANSELD.**  
**ENRIQUE FRANTZLAR.**  
**BANKERO DE BIZANCIO.**  
**MUNDES, judío.**  
**MIXZBIN, enviado de la Sublime-Puerta.**  
**COZIBRADOS, COZIBOTTINI, PATIS.**

### PERSONAS.

La escena pass en Nuremberg, en casa de ULRICO, y representa una salita con dos ventanas que dan sobre un emparrado; en el fondo, á la derecha, habrá una escalera de caracol, muy oscura, que va á perderse en el techo. ALIX está haciendo el labor junto á una ventana. Entra ULRICO.

ALIX. [Levantándose]. Con que... [Algunos minutos de silencio.]  
 ULRICO. Pronto, pronto, hermosa conspiradora. [Algunos minutos de silencio.]  
 ALIX. [Cubriendo sus oídos].  
 ULRICO. Pronto.  
 ALIX. Pues, la respuesta de siempre [Vuelve á sentarse y coge su labor.]  
 ULRICO. No te he dicho que aguardo esta noche á Mansfeld?  
 ALIX. [Qué se puede hacer.]  
 ULRICO. Si, esta noche vuelve de Praga. Aunque no le conoces, recibelo bien, ALIX es mi mejor amigo, una alma austera y buena, un alma antigua con la ternura cristiana.  
 ALIX. No digas más; si trae á esta tierra valor, sea bien venido. Me gusta todo lo nuevo.  
 ULRICO. [Sonriéndose]. Estás enfadada, ALIX, de algunos dias á esta parte, y á fe que no fincas razón; se trata de un negocio de vida ó muerte para toda una ciudad, para todo un pueblo, y esta hermosa niña ve en ello un motivo para ponerme mala cara.  
 ALIX. Si, estoy enfadada porque todos tus conjurados son unos cobardes.



teq; obañesta ciudad de Nuremberg está poblada de miserables; no hay en toda la Franconia mas que un hombre, y ese es el conde, que ha osado que en lo que valeis, que os ha subyugado con un puñado de bandidos italianos, y os hace humillar la frente hasta el arroyo con diez años solo mirados. Diez años he que os hace sufrir esta afrenta; diez años he que os miro, diez años he que os manejo como á sus perros, con un látigo y un cepo sin cesar; por mi vida que no comprendo cómo son estos hombres. Lo que me pasa es que es yo, solo de oírle pasar cantando y silbando por en medio del campo, como si fuera un hombre, y yo me acuerdo de cómo me he sentido cuando me he visto en el mismo estado que vosotros, por vida mía que no lo sé. No va ya para un año que me he visto conspirando, y que vuelves todas las noches con el mismo esbozo en los labios, pronto? Y eso se llama hombre! Y ya unos hombres! Si me hubierais dejado conspirar sola á mi modo, hace un año que á todos hubiera libertado del yugo la mano de esta hermosa niña que te pone reala carne! *¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!*

Ulrigo. ¿De veras? *¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!*

Ulrigo. Le hubiera agatillado abajo, á la puerta, á su vuelta de la caza; con una mano hubiera asido la rienda de su caballo, y con la otra le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. El día menos pensado me exaltarán á tal punto el fastidio y la indignación, que haré lo que ya hubiera debido hacer: y puede que sea mañana, sin ir mas lejos, Ulrigo, si vuelves á mirarme con esa sonrisa de desden.

Ulrigo. Bien, pero reflexiona un poco. Nunca has querido ver al conde: supongamos que en el momento de ir á herirle te sorprendiera la expresión de su rostro, ó que te moviera á compasión su mirada tierna ó altiva; ¿has pensado en esto? Como todas las mujeres, te representas el objeto de tu odio bajo un aspecto singular y horrible; apostaría á que con solo ver en el conde facciones humanas, al hallarle con un hombre de buena presencia, en lugar del monstro que te imaginas, te sentirías enternecida y temblaría tu linda mano.

Alix. ¿Se te figura, eh? Ya lo verás.

Ulrigo. Con que según eso, Alix, aborreces al conde, ese sentimiento de odio ocupa todo tu corazón. Con tal que el conde muera, todo va bien. Ya no me amas.

Alix. Te amo todavía, Ulrigo; pero me siento á punto de despreciarte, y por eso quisiera morir esta noche. Pero tú que hablas de amor, ¿dónde está el tuyo? Que no te lleguen al alma la ignominia de tu patria y la propia ignominia; que veas sin cólera á esa infame conde poner una mano inocente en la honra, en las libertades, en las vidas de sus conciudadanos, creo que te lo perdonarás; pero ese conde ha hecho

*¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!*

de no morir á sus dos hermanos, pero yo he engañado, he abandonado por no sé á mi madre, desolada por la muerte de sus dos hijos, y la infeliz ha estado muerta maldecidéndome. Venga á mis hermanas, y mi madre me perdonará; esto es todo lo que deseo. Además, me lo has prometido; conde, con otra suerte viviría yo acaño! ¿Tienes memoria á lo menos? Han ya quince un año, el día en que murió mi madre del dolor que yo le había causado, barto comprendí que no me quedaba ya paz ni ventura que no me quedara en este mundo ni en el otro; entonces se me ocurrió el pensamiento de matar al asesino de mis hermanos y de romper al mismo tiempo el yugo de la Franconia. Yo conocía muy bien á mi madre; yo sabía que se lo hubiera perdonado al vengador de sus hijos, y además era una noble mujer que no podía sufrir la ignominia ni en su casa ni en su patria. Acordárame de que ella misma había armado la mano de sus hijos para la rebelión.

Ulrigo. Si estoy segura de que su alma habría volado al encuentro de la mía, si yo hubiese cumplido lo que me habías prometido, aquel día se me pasó por la imaginación. Pero me dijiste que tú me encargabas de ello, que para tan grande hombre se necesitaba un hombre; parecías como inspirado por una súbita revelación; tus ojos me miraban con tanta luz, tus labios temblaban al pronunciar nobles palabras, yo me acordaba de ti; consentí en vivir, en poner en tus manos, entonces muy queridas, el cuidado de libertar á mi patria de su miseria y de libertarme á mí de mis remordimientos. Un año hace de esto, Ulrigo, me acordaba sin embargo, ¿qué has hecho? Tu ardor en vez de aumentar parece que se va apagando; de un mes á esta parte ni siquiera me atrevo á hablarte de nuestros proyectos; tanto es lo que temo encontrar en mi amante un cobarde ó un traidor.

Ulrigo. *(Sovriendose.)* Paciencia, hermosa niña, yo sé el objeto de

Alix. Siempre lo mismo; siempre esa sonrisa! Mira, una sola cosa tengo que decirte, y luego haz lo que quieras.

Ulrigo. Habla, habla, habla.

Alix. El conde me ha escrito.

Ulrigo. ¿A tí? ¿el conde? Te sueñas.

Alix. Hace dos horas, cuando pasaba por la plaza, estaba yo sentada aquí donde estoy ahora, cuando cayó á mis pies un bolsillo lleno de flores con este billete. Lee.

Ulrigo. *(Leyendo el billete.)* "Hermosa niña, si gustais de ser condesa soberana por un par de horas, contad para ello conmigo. Otocar." *(Lenguaje propio de un corazón respetuoso y enamorado.)* ¿Le has respondido?

Alix. ¿Estás loco? Pero, ¿qué tienes nunca te he visto así; nunca he visto en tí esa calma y esa sonrisa.



(Dan la siete en una iglesia cercana. Ulrico cuenta las horas; al dar la sétima se levanta.)

Ulrico: (Cogiendo la mano de Alix.) Ves en mí esta calma y esta sonrisa, amor mio, porque la aurora del día de mañana alumbrará la tumba del conde ó la mía.

Alix: ¿Cómo! ¿qué dices!

Ulrico: He querido, hija mía, evitarte las inquietudes de semejantes momentos; he querido, por tí como por mí, que fuesen lo mas breves posible. Mañana hora nos queda; á las siete y media voy á reunirme con mis amigos. Mañana seremos libres: esta noche nanto al conde.

Alix: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿esta noche! ¡tan pronto! ¿Estás seguro de tus amigos? ¿esta noche! ¿pues si ya es de noche! ¿con que es ahora mismo?

Ulrico: No tengas cuidado. Alix, todos están pronto y son fieles. No se trataba únicamente de matar á un hombre, sino de sublevar á un pueblo, y esto es lo que nos ha cogido tiempo. Todas las ciudades en que tiene gobernadores el conde, Furtb, Bamberg, Wurtsburgo, Anspac, harán á la hora señalada lo que vamos á hacer nosotros. Mañana la Franconia se despertará libre en su lecho de esclava; mi patria muerta resucitará á la luz del sol sacudiendo su rota cadena. Felices los que van á verlo! Si mi mente concibe, Alix, dos espectáculos igualmente espléndidos y dignos de las miradas de Dios, el uno es la creación de un mundo, y el otro la resurreccion de un pueblo.

Alix: (Echándose en sus brazos.) ¡Oh Ulrico! ¡oh amado mío! (Le obliga á sentarse; y se sienta á sus pies.) Ahora que pienso en ello, tú eres su jefe, tú, el mas jóven de todos. Sin tí, nada se haria, . . .

¡Ah! ¡qué feliz soy! Mira, voy á decirte una cosa en secreto: eres gallardo como un rey, eres bizarro como un emperador. . . pero oye lo que va á suceder; mañana serás conocido y admirado de todos; de las mujeres tambien. No habrá nadie que no te repita lo mismo que yo te digo sola hoy: acuerdalo de que yo te lo he dicho antes que tú me lo digas, antes que todos: no es verdad, Ulrico?

Ulrico: Sí, sí, hermosa.

Alix: En primer lugar, si amases á otra, te engañaria, y muy facilmente. Tú has estudiado á los hombres, Ulrico; eres digno de ser el caudillo de una nacion; eres tu sabio y un filósofo; pero no conoces á las mujeres: te engañarian como á un niño.

Ulrico: (Riéndose.) Hola, ¿y qué sabes tú? Con que tú me has engañado!

Alix: ¡Oh! Mucho que sí. Ahora mismo, por ejemplo; te estoy engañando; pero que me río; esto te hace sonreírte, y no conoces que tengo ganas de

llorar. Hablo, hablo para aturdirme; pero si tú no estuvieras ahí, yo haria mas que llorar.

Ulrico: Alix, ¿qué has deseado con toda tu alma que llegase por fin esta hora que ya ha llegado?

Alix: ¡Pobre de mí, verdad es! (Llora.) Perdóname, perdóname.

Ulrico: ¿Que te perdone, ángel mio!

Alix: Si mueres, yo te habré dado la muerte. Por mí, por mí insensato odio tu has lanzado á esa terrible empresa.

Ulrico: Y eso mas tengo que agradecer, hermosa mía. Es cierto, y me acuerdo de ello, que antes que iluminase mi alma tu generosa cólera, no me atrevia á levantar mi pensamiento á esta santa conjuración; ahora, ya viva, ya muera, dejaré, merced á tí, un nombre que los oprimidos pronunciarán en voz baja con amor y los tiranos con espanto. Gracias, Alix mía; por lo demás, no te hagas tristes, ilusiones; tengo fundadas esperanzas de sobrevivir al conde.

Alix: ¿Lo esperas? . . . No, me engañas, no lo esperas. . . ¡Dios mío! ¡si me hubiera sido posible olvidar mi odio. . . Hay en los arrabales, á la orilla del río, casitas solitarias en el fondo de los jardines; allí hubiéramos podido, vivir felices años y años, sin saber tan siquiera si hay tiranos en el mundo. . . La desgracia ha sido que viviéramos aquí, en esta plaza, por donde el pasa, continuamente. . . Esa fatal idea se me representaba un día y otro; mi cabeza ardia. . . mi pobre corazón está lleno de tempestades. Ulrico, tengo ideas horribles; no sé si todas las mujeres sufren los tormentos que sufro yo. . . No puedo decirte todos mis pensamientos; tengo algunos espantosos. . . ¡Ah! ¡es que no todas las mujeres arrastran como yo, el peso de la maldición de sus madres!

Ulrico: No pienses en eso, yo te lo ruego.

Alix: Hablemos de cosas alegres. ¿Te acuerdas de la tarde en que nos vimos por primera vez?

Ulrico: Me acuerdo muy bien. Fue en las orillas del estrecho lago que llaman la Alberca de las Garzas; el sol desaparecia á la derecha, detrás de la colina de Werra. Tú bajabas la colina dando el brazo á tu madre.

Alix: Yo bajaba la colina dando el brazo á mi madre, y tú subias por el mismo sendero. Cuando te hiciste á un lado melindote, entre las viñas para dejarnos pasar, mi madre me dijo: Ese jóven es respetuoso con los ancianos; su ancianidad será feliz.

Ulrico: Sí, y luego me senté en el sitio mismo en que os habia hallado, y allí me quedé hasta la noche. Al día siguiente, tuve buen cuidado de volver á la misma hora y os encontré de nuevo; tu madre me recono-



ció y me saludó; pero tú hiciste como que no me reconocías.

ALIX. Hice como que no te reconocía, porque te amaba.  
(*Llaman á la puerta, Aliz va á abrir, entra Mansfeld.*)

ULRICO. ¡Mansfeld! ¡Loado sea Dios que te trae á tiempo! Esta noche se da el golpe.

MANSFELD. ¡Loado sea Dios! (*Aliz ha vuelto á tomar su labor.*) ¿Quién es esa niña?

ULRICO. Aliz. ¿No has recibido las cartas en que te hablaba de ella?

MANSFELD. No la creía tan jóven.

ULRICO. Es valiente como un león. Sus ojos azules brillan como relámpagos cuando habla de sus hermanos.

MANSFELD. ¿Es tu mujer, no es así? ¿Su madre vive con vosotros?

ULRICO. Su madre ha muerto.

MANSFELD. La niña hubiera hecho mejor en quedarse al lado de su madre.

ULRICO. ¡Mansfeld!

MANSFELD. Mejor hubiera hecho en quedarse al lado de su madre, y en no vengar á sus hermanos.

ULRICO. Mansfeld, mírala.

MANSFELD. Sí, está dotada de belleza y de energía; pero no me gusta ver al lado del que camina al martirio una imagen tan dulce de la vida.

ALIX. (*Acercándose de pronto.*) Eso sería bueno, señor Mansfeld, si yo no hubiera de seguirle.

MANSFELD. Bien respondido, Aliz. Venga esa mano. ¿Qué ruido es ese?

Tumulto de gente en la plaza. Ruido de caballos: cesa de repente, y en medio del silencio se oye silbar una cavatina.

ULRICO. Es el conde que vuelve de la caza.

MANSFELD. ¡A ese extremo de impudencia ha llegado! ¡En su ciudad natal! ¡El miserable abofetea á su madre! ¡Y ni una sola ventana se abre para responder á su provocacion de palafrenero! Ulrico, te has enfiado. Ya es tarde ó todavía no es tiempo.

ULRICO. Las nubes se apiñan antes de lanzar el rayo. Paciencia. (*Pasa la cabalgata por delante de la casa. Aliz se precipita á la ventana.*) ¿Qué haces, Aliz? ¿No has jurado evitar la vista de ese hombre?

ALIX. Ahora ya puedo mirarle, puesto que va á morir. Quiero verle una vez.

ULRICO. ¡Levanta la vista? Dime si alza los ojos sobre tí.

ALIX. (*A la ventana.*) ¿Qué pálido está! Parece la estatua de su sepulcro. ¿Es posible que sea jóven todavía? ¡Hace tanto tiempo que practica el mal! No, no levanta la vista; va entretenido con sus galgos; ahora se vuelve. . . ¡Virgen María, qué mirad! . . . (*Se retira de la ventana toda trémula, y cae sobre una silla.*) (Continuará.)

# OLIVERIO CROMWELL.

Nació este grande ambicioso el último año del siglo XVI, en el condado de Huntington en Inglaterra, de una familia ilustre y muy acomodada; pero Oliveros, que era el hermano segundo, solo heredó un escaso caudal. Enviado por sus padres á la universidad, progresó poquísimamente en los estudios; dióse á todos los vicios, y disipó en el mayor desenfreno una buena parte de su patrimonio.

Pasaba esto en una de aquellas épocas en que la historia y la filosofía no estudiarán jamás demasiado; épocas de transición, de renovacion, de inmensotabajo intelectual y al mismo tiempo de terribles violencias, de malditos escándalos, manifestaciones exteriores de aquella dolorosa elaboracion interna, de aquel vivo fervor de las ideas, como el humo, las piedras y los rios de lava que expide el volcán revelan la rugiente combustion de su cráter. El despotismo monárquico habia llegado en la hoy tan libre Inglaterra á un grado tal, que solo pudiera hallarse su igual en los mas degenerados pueblos orientales; y todavía la comparacion es desventajosa para estos, porque á lo menos no hay ejemplo de que ni aun á los mas dóciles asiáticos se les haya impuesto en virtud de un simple decreto, hoy una religion, mañana otra, luego la primera, después la segunda, y todo por uno y muchos infames caprichos de un tirano. Si estos hechos no nos fuesen atestigüados por tantos escritores y no estuviesen tan recientes, la mas cándida credulidad se resistiría á darles crédito. Pues esto es en sustancia lo que sucedió en Inglaterra á principios del siglo XVI; esto es el miserable espectáculo que dió al mundo la grande, la soberbia Albion bajo el reino del tirano Enrique VIII. Preadada de una hermosa, quiso este repudiar á su noble, á su virtuosísima esposa Catalina de Aragon; la Iglesia de Roma, cuyas protectoras alas cobijan todas las desgracias, defendió los legitimos derechos de aquella reina desgraciada; Enrique VIII rompió con la Igle-



sis de Roma, y decretó que su pueblo rímpiese tambien con ella, que renegase de la antigua fe de sus padres, que abrazase la abominable heresia de Lutero, y job mengua! job baldon! su pueblo renegó de la antigua fe de sus padres, y abrazó, porque se lo mandaba el rey, la abominable heresia de Lutero! Y Catalina de Aragon espiró en un infame cadalso. ¿A qué recordar aquí las sangrientas bacanales con que escandalizó Inglaterra al mundo en aquellos primeros años de su divorcio con la Iglesia católica! el asesinato legal del gran Tomás Moro, el suplicio de las cuatro esposas del tirano, la destruccion vándala de los antiguos monumentos religiosos, luego la sombría reaccion suscitada por la reina María, luego en fin los atentados de la reina Isabel;

Reina, no, mas loba libidinoso y fiera, madre de muchos y de muchos nueras!

Isabel hizo morir en un afrentoso patíbulo á la hermosa cuanto desventurada María Estuardo: así acostumbraron ella, y su padre al pueblo inglés á derramar sangre real, y de esta sangre, como de una fatal semilla, nació el execrable delirio que puso bajo el hacha de un verdugo la cabeza del justo é infeliz Carlos I. Dios habia apartado sus ojos de aquella nacion herida de insensatez, de orgullo y de error.

Luchaba Carlos animosamente contra las pretensiones invasoras de los corifeos populares, mientras seguia Cromwell en la universidad la relajada vida que antes dijimos. De pronto, ya fuese artificio, ya sincero fanatismo (lo primero probablemente), reformó en un todo su conducta de libertino estragado, jugador intrepido, dissipador y espadachin, é hízose el mas rígido de los puritanos; así llamaban entonces á los que tenían ó afectaban un exagerado celo por la pureza de la religion y de las costumbres. Con el mismo ardor con que se habia dado al vicio, se dió entonces á la devocion. La casualidad y la intriga le valieron ser elegido individuo del *parlamento largo*, aquel parlamento faccioso y legicida que levantó el estandarte de la rebelion contra Carlos I. le hizo una guerra inicua, y acabó por condenarle á muerte.

Cromwell no habia nacido orador, ni poseia ninguna de las cualidades que se requieren para distinguirse en esta carrera; tenia una figura muy desgarbada, suma desaliño en su traje, mala voz, elocuencia trivial, oscura y dificultosa. Así fue que nunca se distinguió en el parlamento mas que por la ciega violencia de sus instigaciones para llevar las cosas al extremo contra el partido del rey. El mismo tubo de conocer que su fuerza no estaba allí, y con aquel instinto peculiar á las grandes inteligencias, abrazó la profesion militar.

Cuarenta y tres años tenia cuando la abrazó. Ardía entonces la guerra en todo su encono entre los ejércitos del rey y los del parlamento. Tenia sobre

estos la primera autoridad el celebre Fairfax, gran soldado, pero político débil é indeciso: Cromwell se apoderó de toda su confianza, y al cabo de poco tiempo fué el alma del ejército sus extraordinarias disposiciones militares justificaban plenamente. Habia empezado por levantar á sus expensas un regimiento; poco después fué nombrado teniente general de caballeria, y á su valor y á sus consejos se debieron sin disputa los grandes triunfos de Marston-Moor (1644) y de Naseby (1645), que acarrearon la ruina del partido realista. Desde entonces empezó Cromwell á pensar seriamente en dominar á su patria, á lo menos solo desde entonces empezó á revelar en su conducta pública este ambicioso pensamiento; y como habia muchos hombres en el parlamento que sospechaban de sus intenciones y se manifestaban dispuestos á oponerse vigorosamente á ellas, Cromwell expurgó (este es el nombre que se dió á aquel atentado, y que ha consagrado la historia) expurgó aquella asamblea, es decir, arrojó de ella á mano armada á los individuos que le eran hostiles, y con los pocos pero muy seguros que le quedaban, hizo condenar á muerte al desgraciado Carlos I (1649), que fué uno de las sentencias mas icónicas en el fondo é irregular en la forma, de que hacen mención los anales del mundo. En seguida disolvió Cromwell en persona con unos cuantos soldados aquel criminal parlamento, después de haber proclamado la república, cuyo jefe se constituyó á sí propio bajo el título de protector: desde esta época reinó cual soberano absoluto sobre Inglaterra, y fuerza es reconocer que su reinado fué muy glorioso; casi todas las potencias reconocieron su autoridad, y solicitaron su alianza; murió en 1658. Su hijo Ricardo Cromwell fué reconocido su sucesor en el Protectorado; pero enteramente desprovisto de capacidad y de energia, ejerció su autoridad algunos meses y abdicó espontáneamente en 1659 á consecuencia de algunos tumultos; y por haber sabido que se acercaba Carlos II, hijo del rey mártir. Hasta su muerte, acaecida en 1712, vivió en la mas completa oscuridad.

Cromwell debió su prodigiosa fortuna tanto á su profundo disimulo, ó sea á su refinada hipocresia, como á su indisputable talento, á su valor á toda prueba y á su infatigable actividad. La historia, juzgando por los resultados, le da con razon el título de grande hombre; la moral, considerando su vida privada, los móviles de sus acciones, y en suma, todo lo que inmediatamente toca á la jurisdiccion de la conciencia, fulmina sobre él, con no menos razon, el solemne anatema con que estigmatiza á los hipócritas, á los impíos, á los traidores y á los regicidas. En buen hora, repetimos, que llame el mundo grandes hombres; otro nombre les dará sin duda en su altísima mente el que dijo estas palabras ¡ay! harto desatendidas: *¡Mi reino no es de este mundo!*

En su vida pública se manifestó un espíritu de independencia y de libertad que le valió el nombre de gran hombre.



# LA LEY DE GRACIA.

Hacia el tiempo en que apareció el Redentor, estaban las naciones en la expectativa de algun personaje famoso.

“Una opinion antigua y constante, dice Suetonio, esparcida en el Oriente, anunciaba que en la Judea apareceria un hombre destinado á alcanzar el imperio del mundo.”

Tácito refiere el mismo hecho casi con las mismas palabras. Segun este historiador:

“La mayor parte de los judios estaban convencidos, segun cierto oráculo conservado en los antiguos libros de sus sacerdotes, que por aquel tiempo (en la época de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que un hombre nacido en la Judea reinaria en el mundo.”

Josefo, hablando de la ruina de Jerusalem, refiere que los que principalmente ocasionó el levantamiento de los judios contra los romenos fué una oscura profecía que les anunciaba que hacia aquella época se alzaria entre ellos un hombre y sobyugaria al universo.

Tambien el Nuevo Testamento ofrece señales de esta esperanza, tan comun entre los hijos de Israel: las turbas que ocurren al desierto preguntan á S. Juan Bautista si es él el gran Mesias, el Cristo de Dios, tan largo tiempo esperando. Los discipulos de Ematis se llenan de tristeza al reconocer que Juan no es el hombre que ha de redimir á Israel. Las setenta semanas de Daniel, los cuatrocientos noventa años despues de la reconstruccion del templo se habian ya cumplido. Finalmente, Origenes, despues de referir estas tradiciones judaicas, añade que muchos de ellos reconocieron en Jesucristo al libertador prometido, en los profetas.

El cielo sin embargo prepara los caminos del Hijo del hombre. Las naciones, largo tiempo desunidas por sus costumbres, su gobierno, y su lengua, mantenianse en enemistad mutua y hereditaria; mas de repente cesa el estruendo de las armas y los pueblos todos, reconciliados ó sometidos, se funden, por decirlo así, en el gran pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que produce forzosamente un cambio en la marcha de los negocios humanos; por otro, empezaban ya á difundirse los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma: así se iban abriendo las vias á la doctrina evangélica, siendo ya universal la lengua llamada á propagarla.

El imperio romano componase de naciones, salvajes las unas, cultas las otras, generalmente muy desgraciadas. Los medios de salvacion que el cielo les procura, eran para las primeras la humildad y sencillez de Cristo, para las segundas sus luminosas virtudes morales, para todas en fin su gran caridad y misericordia. Y eran estos medios tan eficaces, que dos siglos despues del Mesias decia Tertuliano á los jueces de Roma:

“De ayer somos y ya todo lo ocupámos: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, palacio, Senado y foro; tan sólo os dejamos vuestros templos. *Sola relinquimus templa.*”

A la grandeza de los anuncios naturales se juntaba el deslumbramiento de los prodigios. Los verdaderos oráculos, mudos desde largo tiempo en Jerusalem, recobraron su voz y las falsas sibilas enmudecieron. Una nueva estrella despuntaba en Oriente; Gabriel desciende á la morada de Maria; y un coro de espíritus entona en las alturas del cielo durante la noche gloria á Dios, paz á los hombres! Difundese de repente el rumor del nacimiento del Salvador en la Judea: cuéntase que no nació en la púrpura, sino en el asilo de la indigencia; que no ha sido anunciado á grandes y potentados, sino que los ángeles lo han mostrado á los mas humildes y sencillos; que no han sido los dichosos del mundo los que en torno de su cuna se han reunido, sino los pobres, declarándose así con la primera accion de su vida amparo y Dios de los desgraciados.

Lleno de gracia y de verdad aparece Cristo en medio de los hombres, y arastrando en pos de su huella á las gentes con la sola autoridad y dulzura de su palabra. Para inculcar sus preceptos escoge el apólogo á la parábola, que fácilmente se graban en el espíritu del pueblo. Andando por los campos daba sus lecciones; viendo las florecillas de las llanuras exhortaba á sus discipulos á esperar en la Providencia que sostiene á las plantas y alimenta á las aves; viendo los frutos de la tierra, les instruía en el modo de juzgar á los hombres por sus obras. Presentábele un niño y recomienda la inocencia; encuéntrase entre pastores y se da á sí mismo el título de pastor de las almas, y se representa llevando sobre sus hombros la oveja descarriada. Los que observan sus preceptos y los que los desprecian son comparados á dos hombres que construyen dos casas, el uno sobre la dura roca y el otro sobre arena movediza: segun los intérpretes; mientras se explicaba de aquella manera mostraba á las turbas que le oian un caserío floreciente en el tope de una colina, y á su falda



unas cabañas destruidas por una inundación. Al pedir agua á la mujer Samaritana, le pinta su doctrina bajo la hermosa imagen de un manantial de agua viva.

Los mas violentos enemigos de Jesucristo no osaron jamás decir mal de su persona. Celso, Juliano, Volusiano, confiesan sus milagros, y cuenta Porfirio que los mismos oráculos de los paganos le apellidaban hombre ilustre por su piedad. Tiberio quiso colocarle en la gerarquía de los dioses; segun Lampidio, Adriano le erigió templos, y Alejandro Severo le reverenciaba juntamente con las imágenes de las almas santas, entre Orfeo y Abraham. No hubo en la antigüedad filósofo alguno en quien no se descubrieran vicios; los mismos patriarcas tuvieron sus debilidades, y solo Cristo, vivió sin mancilla. El hombre Dios es la mas espléndida copia de la soberana belleza que reside sobre el trono de los cielos. Puro y santo como el tabernáculo del Señor, respirando sólo el amor de Dios y de los hombres, infinitamente superior á la vana gloria del mundo, cumplia El, átravesando miserias y dolores, la grande obra de nuestra salvacion, obligando á los hombres con el ascé debate de sus virtudes á abrazar su doctrina y á imitar una vida que mal de su grado tenían que admirar.

Amaba y comprendia la amistad el hombre á quien sacó de la tumba, Lázaro, era su amigo; su mas grande milagro fué un tributo al mas sublime sentimiento de la vida.

El amor de la patria halló en él un modelo. Desde lo alto de una colina tiende la mirada sobre la ciudad de Jerusalem; condenada por sus crímenes á una horrible destruccion, y no puede contener sus lágrimas: *vís la ciudad*, dice el apóstol, y lloró.

No fué menos notable su tolerancia cuando sus discipulos le pedian que hiciese llover fuego del cielo sobre la ciudad de Samaria, que le rehusó la hospitalidad: *¿no sabéis lo que pedís?* les respondió indignado.

Ahí son atributos de la divinidad la moral más pura y el corazón mas tierno; y una vida dedicada á combatir el error y á aliviar los males de los hombres; ¿quién podrá negar la divinidad de Jesucristo? Modelo de todas las virtudes, la amistad le contempla dormido sobre el pecho de Juan, haciendo al discípulo hijo de su propia madre; la caridad lo admira en la sentencia de la mujer adúltera; por todas partes le encuentra la piedad bendiciendo las lágrimas del desgraciado; su inocencia y su candor resultan en su amor á la infancia; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su último suspiro es un legado de misericordia.

# ALIX,

## LEYENDA ALEMANA.

Ulrico, príncipe de Turingia, se casó con una hija de un noble de Sajonia. Su esposa se murió muy joven, y él se volvió á casar con una hija de un noble de Sajonia. Su esposa se murió muy joven, y él se volvió á casar con una hija de un noble de Sajonia.

Ulrico: Querida mia, su vista te ha hecho daño.

Alix: No es nada. Estaba yo mirando la gualdrapa carmesí de su capa.

Ulrico: ¿No lo ves, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

Alix: Mirada y billete, Alix, todo lo pagaré de una vez.

Ulrico: (Que se ha quedado pensativo.) Ulrico, jay de los pueblos que no practican la ingratitud!

Alix: Bien de su patria, no era como todos nosotros, mas que el ciudadano de una ciudad libre, solo que era el mas rico.

Ulrico: En un año de escasez de pan, cuando sentí de pronto su mirada fija en mí.

Alix: Suma gastó su caudal en dar de comer á Nuremberg, y á toda la Franconia; á no ser por él, todos nuestros padres se hubieran muerto de hambre.

Ulrico: Por salvarlos vendió todas las tierras que poseía en Suevia y en Livonia, y agradecidos nuestros padres le dieron ciertos privilegios, y le edificaron ese castillo desde el cual su hijo exigia á todos los pueblos, amigo, es un crimen para con la libertad la raza de los grandes ciudadanos, debería condenarse al destierro como la de los grandes criminales.

Alix: Summa injuria, summum jus. Supongo que no serán hombres de este país los que sirven de cortesanos á ese despota.

Ulrico: Los mas son italianos capitanes de su guardia.

Alix: Seis años ha vivido en esta Italia, es la que lo ha perdido.

Ulrico: Si, la Italia es la que lo ha perdido. Seis años ha vivido en esta Italia, es la que lo ha perdido.

Alix: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Ulrico: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Alix: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Ulrico: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Alix: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Ulrico: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Alix: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.

Ulrico: Me acuerdo de haberle visto antes de su viaje, aun que yo era todavia muy niño.